

EL PERRO

AL zaguán de esa casa de aldea, entraba todas las tardes la vieja con su hatillo de hierbas de remedios. Traía la zarzaparrilla en coronas secas, colgando de sus brazos esqueléticos; la zarzaparrilla que nunca vimos sin acordarnos de aquellas espinas que circundaban la cabeza ¿rubia? del Galileo; el eucalipto que se hace hervir en el cuarto de los asmáticos y deja en él un olor de alameda; y en los días santos llegaba con gajos de olivo, de suave tonalidad de plata, que pierde al fin tras los cuadros entre polvo y telarañas.

En ese zaguán grande y fresco, sombrío y húmedo, uno se sentaba alguna tarde de verano a leer novelas. Pero a veces le invadía un voluptuoso sopor y cruzadas las manos sobre el libro, miraba al patio silencioso las horas muertas. Allí bajaban las palomas y se posaban al borde del pozo... Entraba entonces la vieja precedida de una salutación cristiana y de un perro, de un miserable perro de rebaño, todo husmeo y desconfianza. Amaba maternalmente al perro y si de él decía, se le encendía el entusiasmo:

—¡Mi gran compañero! Es fiel como la esperanza e inteligente como un hijo. ¿Y bello? ¡Ah!, es bello. Se diría que su lomo es de terciopelo, ¿y no parece que